

–*¿Cómo se consigue el manejo de la emoción para que no pierda su poder de sugerencia?*

–La eroticidad en mi poesía funciona de manera muy próxima a lo sacro, es decir: hay en mi poesía un cruce de vientos que mezcla lo místico con lo concupiscente y me dejan ser lo que soy: un místico concupiscente. Octavio Paz hablaba de la dialéctica del amor; yo, más bien, pienso en la peripecia del perdedor, ya que cuando uno ama uno pierde; además, cuánto puede durar el amor si es la fugacidad misma, el sol de destello único, el instante portentoso.

Entonces soy un poeta del Eros pero no de la carnalidad exclusiva aunque muchos de mis poemas parezcan sensuales o lascivos, de ahí que escriba poemas como por ejemplo *¿qué se ama cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida/ o la luz de la muerte?*, versos en los que se ensambla lo corpóreo con la idea de lo divino, liberando a lo corpóreo de su peso y su mera carnalidad.

–*Hay quienes afirman que la poesía erótica sólo se puede escribir en la juventud porque se requiere de una gran energía para hacerlo, pero vemos que usted, a sus espléndidos ochenta años, sigue escribiendo poesía erótica. ¿De dónde saca esa enorme vitalidad?*

–En efecto, la poesía amorosa es energética; pensemos en Dante: *amor que mueve el sol y las estrellas*, pero el amor es más que mera concupiscencia y cuando está bien el seso está bien el sexo; hay una especie de ecuación hermosa entre lo uno y lo otro. Claro que si estamos derrotados, derrumbados con una dolencia terrible, va a ser difícil escribir poesía amorosa a menos de que la escribamos desde el ejercicio de la nostalgia pero cuando lo arterial está fresco y vivo no hay por qué tenerle miedo al miedo.

–*¿Utiliza algún recurso específico para que lo fónico y lo semántico actúen como vasos comunicantes en su poesía?*

–Mi único recurso es respirar. Ocurre que de niño fui asmático y tartamudo y, en medio del miedo que me producía esta situación, pude darme cuenta de que podía realizar un relevo de fonemas en las palabras y eso le dio más espacio a mi lenguaje e imaginación. En cuanto a la ritmicidad, creo profundamente en ella y en eso soy dariano, romano y heraclitiano, pues ya Heráclito hablaba del ritmo. La ritmicidad es de índole fisiológica y depende, esencialmente, del aire pues mientras estoy hablando con ustedes ins-

piro, espiro, respiro, a medida que mi diafragma se está moviendo. Creo profundamente en el aire como aliado del ritmo; de ahí que a uno de los principales libros míos lo haya bautizado *Antología de aire*, no del aire. Creo profundamente en el aire, en el pneuma y dino que decía el gran Heráclito; un aire que a la vez es fuego.

—¿Por qué aparecen de manera tan reiterativa los números en su poesía?

—El número creo que es otra forma del ritmo y de por sí la palabra ritmo, que es griega, era nombrada por los romanos como números. El número es una entidad portentosa que, al igual que el ritmo, resulta muy difícil de determinar porque proviene de la respiración. En un poema mío, llamado *Acorde clásico*, intento ayuntar precisamente ritmo y número. El poema empieza: *Nace de nadie el ritmo, lo echan desnudo y llorando/ como el mar, lo mecen las estrellas, (...) fluye, fulgura/ en el mármol de las muchachas* y sigue hablando de la imagen del número.

En efecto, soy un numerólogo y, aunque tengo algún parentesco con un numerólogo mayor que fue Vallejo, no me refiero, cuando nombro el número, a los guarismos arábigos o al número que se escribe sino al número que es ritmo, que es oleaje, al número que se respira.